

La ondina del Manzanares

Lola Velasco

La autora rescata de las aguas a una Ondina sin edad, antojona y disparatada, renacentista y porno-moderna. Ella es la divina inmarcesible y ambigua, en torno a la cual giran un mundo y unos personajes que ella sabe que no le pertenecen.

La Ondina tiene algo de Alicia a la inversa, sale del espejo de las aguas a un mundo que se supone real y está habitado por bufones, sátiros, cronopios, mediocres, guapos, tarados, genios..., esperpentos o casi dioses embrujados y atrapados por el espacio urbano. Y cada uno ensimismado en una aventura individual, quijotesca y efímera. Cada uno tiene su papel en ese escaparate móvil al que asiste el lector: el efebo Orlando, entre la ingenuidad y la sordidez de lo marginal; la Niña de la Cometa, alter ego de la Ondina; el escritor convulso, siempre flotando en la gloria; la marquesona Gin, un esperpento del siglo XVIII; la Vikinga; el Sátiro de las Vistillas y tantos otros... Algunos, prototipo de un colectivo al que se parodia, como el Brochas, Felicidad, el Diseñador o la Ripios. Todos ellos dignos de formar parte de ese retablo disparatado que hace honor al momento histórico que representa.

Y una ciudad que es «un estado de ánimo» en los ojos de la Ondina y, al mismo tiempo, es una mirada irónica y crítica no exenta de lirismo.